

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



AGOSTO -- 1943

No. 50

HECHOS HISTORICOS

BATALLA DE BOYACA



Después del famoso "Paso de los Andes", en Gámeza, tuvo el Libertador su primer encuentro con el español Barreiro, a quien obliga a batirse, en retirada.



Luego, contra el mismo jefe realista, triunfa en "Pantano de Vargas", donde los llaneros Rondón y Carvajal y el inglés Rook, se portan como héroes.



Barreiro, desesperado por las derrotas sufridas, trata de ponerse a salvo, intentando marchar en retirada hasta Bogotá.



Bolívar toma la delantera a las fugitivas huestes españolas y saliendo al paso, el 7 de agosto de 1819 les presenta batalla, logrando la gran victoria de Boyacá.



Barreiro se entregó prisionero al Libertador, con su oficialidad completa, 1.600 soldados y todas sus municiones.



Sabedor de los sucesos, el virrey Sámano huye precipitadamente de Bogotá, dejando en manos de los patriotas medio millón de pesos y gran cantidad de material de guerra.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

N° 50

CARACAS, AGOSTO DE 1943

AÑO 5

SUMARIO

AMENIDADES GEOGRAFICAS

LLUVIA EN LOS LLANOS 2

"FOLK-LORE" GUAYANES

JUEGOS INFANTILES EN EL ORINOCO 4

NUESTRAS AVES NOCTURNAS

LOS GUACHAROS 6

CUENTOS POPULARES VENEZOLANOS

TIO ZORRO Y LOS ZAMUROS 8

ARBOL FAMOSO

EL SAMAN DE GUERE 11

LOS NIÑOS COLABORAN

(DIBUJOS INFANTILES) 13

AMENIDADES GEOGRAFICAS

LLUVIA EN LOS LLANOS

(Extracto de una descripción de Agustín Codazzi)



Desde diciembre hasta febrero, está el cielo completamente sin nubes en las llanuras apureñas, pero la atmósfera constantemente obscurecida por torbellinos de polvo, movidos por corrientes de aire que sólo existen en la superficie del suelo, aumentan el calor sofocante del aire.

Dice Humboldt que, a fines de febrero y principios de marzo, es menos intenso el azul del cielo, crece poco a poco la humedad atmosférica y las estrellas suelen estar empañadas con un ligero velo de vapores, siendo su resplandor menos tranquilo. La brisa se va haciendo menos violenta e interrumpida por calmas. Luego en la lejanía se acumulan nubes que aparecen como montañas, y las cuales se desprenden de cuando en cuando del horizonte y atraviesan la bóveda celeste con una rapidez que no corresponde a la debilidad del viento que reina en las capas inferiores del aire. A fines de marzo se observan al Sur algunas explosioncillas eléctricas que son como unos resplandores fosforescentes circunscritos en un solo grupo de vapores. Desde entonces la brisa pa-

sa frecuentemente y por muchas horas al Oeste y al Suroeste, siendo un signo seguro de que las lluvias empiezan en Apure y sobre el Orinoco a fines de abril. El cielo comienza a empañarse, desaparece el color azul y se extiende un velo pardo en todo él. Al mismo tiempo se acrecienta el calor de la atmósfera; bien pronto no hay ya nubes sino densos vapores que cubren la bóveda celeste. Los monos aulladores comienzan a hacer resonar sus ecos lamentosos mucho antes de amanecer; todo anuncia la entrada de la estación de las lluvias. A la vista de estas señales, empieza el llanero a mover sus rebaños para sacarlos de los bajos que van a cubrirse de agua; aunque el ganado, sea por instinto o por costumbre, emprende por sí solo la retirada hacia sus invernaderos, tan luego como sobrevienen los primeros truenos y los primeros aguaceros.

En el invierno es cuando el Orinoco crece considerablemente y sirve como de represa al Apure, el cual no puede desaguar con facilidad por no tener una velocidad y volumen capaces de abrir paso por entre el raudal que se le opone. Hínchase, pues, y no pudiendo sus bordes contenerlos, sale de madre y se extiende por todas partes. La represa que hace el Orinoco al Apure, la ejerce éste sobre muchos de sus tributarios; así que la causa principal de las crecidas de los ríos de los llanos es debida a las crecientes del Orinoco. Entonces es cuando el bajo Apure presenta las inundaciones del bajo Egipto: sus sabanas ofrecen el aspecto de grandes lagos con islas en medio. Espacios hay de más de doscientos kilómetros que están cubiertos por tres o cuatro metros de agua; otros son menos profundos, pero siempre lo bastante para ser cruzadas por piraguas, canoas y bongos, que en aquella estación sustituyen a los caballos.

El ganado que no ha tenido tiempo de recogerse a los invernaderos, corre mucho riesgo de ahogarse, y si por acaso llega a guarecerse en aquellas pequeñas islas, es ordinariamente pasto de los tigres que van allí también a buscar un asilo. Puédese, sin embargo, cuando se tiene práctica del terreno, comunicar a pie o a caballo de un ható a otro, aunque siempre con mil riesgos por los caimanes, los tembladores y las rayas; y aunque en estas travesías hay frecuentemente que nadar grandes trechos que ocupan los esteros, los caños y los ríos, en otras partes es absolutamente necesario embarcarse, como sucede entre el Apure y el Arauca y desde más abajo de San Fernando hasta el punto del Jagual, entre Arichuna, Cunaviche y Cariben.

Cuando las crecientes han alcanzado todo su incremento, dejan las embarcaciones el álveo de los ríos, que a la desventaja de prolongar el

(Pasa a la Pág. 14)

"FOLK-LORE" GUAYANES

JUEGOS INFANTILES EN EL ORINOCO

por R. OLIVARES FIGUEROA



Cuentan nuestros muchachos con un magnífico repertorio de juegos, en parte de origen español, en parte criollos, sin que falten algunos de indudable cepa nacional, aunque, si hemos de ser sinceros, pocos existen que no puedan ostentar su "árbol genealógico", a veces bien definido. Lo cierto es que hay materias para muchas páginas, aunque ahora debamos ceñirnos a algunos de los recreos acuáticos que se usan en los pueblos y lugares venezolanos de las verdes márgenes del río "de las siete estrellas".

Tienen estos juegos sus características; también los hay de tierra y agua, que se usan indistintamente en uno y otro medio, y deberán ser aludidos.

Entre los netos, se hallan los siguientes, que podríamos denominar "de persecución", y que se refieren con preferencia a peces y animales del Orinoco:

La baba

Sobre la orilla, se busca un paraje limpio e inclinado, por el que, desnudo, se pueda deslizar el muchacho que hace de "baba" (especie

de caimán), el terrible habitante del palacio líquido. Una vez se zambulle, los demás, que fingen ser peces, huyen a brazo partido, en varias direcciones, para librarse de sus acometidas. Si alcanza a alguno, éste deberá luego ser la "baba". (Ciudad Bolívar).

Chigüire

Los muchachos se colocan en línea sobre la margen del río. El que hace de tigre, se esconde entre la "bora", una planta acuática muy abundante en el Orinoco. Cuando los "chigüires" (1) logran divisarlo, gritan a coro: "Jesús, chú, plúm!" y se tiran al agua. El tigre sale nadando tras ellos, y el que agarra se queda de tigre. (Barrancas).

La tonina

Sobre la margen, los jugadores se alinean. Uno será la "tonina"; los demás, harán de peces. A una señal convenida, se zambullen diciendo: "Sch..sch.." La "tonina" bracea violentamente, imitando los movimientos propios de este cetáceo, en persecución de los presuntos "peces", hasta que agarra a uno, que se quedará de "tonina", para el nuevo juego. (Varadero de Mánamo).

El "pescao"

Un niño con una "tusa" (mazorca de maíz desgranado), cogida con un guaral, se arroja al agua. Entonces sale tras él otro como si fuera un pez, y procura con las manos coger la "tusa". En vez de ésta, se acostumbra también usar un "jobo" (fruta del árbol del mismo nombre), atada a una cuerda. Si atrapa el "jobo" con la boca, se lo come. (Paloma).

En algunas localidades, se denomina "la flecha" el juego descrito. También se juega, buceando el que hace de "pescao". El que lo persigue, tiene derecho a pellizcarlo cada vez que saque a flote la cabeza. (Boca de Uracoa).

El pilón

Se arroja al agua un chico y empieza a batirla con los puños, mientras que otro que le persigue, trata de agarrarlo. (Uracoa).

(1) "Chigüire". Voz indígena. Roedor anfibio de gran tamaño, que nada muy bien, y se alimenta de cortezas y plantas acuáticas.

NUESTRAS AVES NOCTURNAS

LOS GUACHAROS

(Condensado de un artículo de R. Mudarra Gómez)



La Cueva del Guácharo fué, indudablemente, un santuario de nuestros aborígenes; quienes jamás se atrevieron a profanar la enmarañada y umbrosa vegetación que cubría el dintel de la caverna y, ni tan siquiera, a hollar con su planta la tierra circundante a una legua a la redonda.

Los indígenas experimentaban un extraño sentimiento de misterio ante la ignota prolongación subterránea; sentimiento que ha continuado manteniéndose hasta hoy, dando origen a supersticiones consejas y fantásticas historietas.

Al sabio Humboldt le estuvo reservado el desgarrar el misterio de la extraordinaria cripta. Es cierto que, antes que él, ya otros se habían aventurado por los tenebrosos pasadizos; pero, solamente a su paso, el sello ordenador de la ciencia sorprendió y puso en su justo sitio el grito hondo y lúgubre del guácharo, la límpida corriente que corta en dos mitades la caprichosa conformación del palacio, las esta-

lactitas y estalagmitas calcáreas y de hermosos tintes rosáceos, los maravillosos salones desde donde orientan sus alas migratorias los dueños y señores de las lobregueces; extrañas aves que, los primitivos moradores del pintoresco valle de Caripe, distinguieron con el nombre de "guácharos", y que, quizás desde los orígenes del hemisferio, han venido teniendo alojamiento en los compartimientos de la cueva. Este espécimen nocturno es de plumaje terroso, salpicado de apagadas líneas blanquecinas, y de digna actitud. Entre sus características merece señalarse el entrañable amor a su nidada, puesto de manifiesto en la tenaz defensa que de ella hace, encrespándose irritado, para arrancarla de manos extrañas y ponerla a buen recaudo entre los pliegues de sus alas.

Es el guácharo uno de los ejemplares nocturnos de América que posee más ampliamente desarrollado el sentido de la orientación.

De la vida que lleva, después que tiende sus alas y se aleja de la oscura caverna que le sirve de vivienda, muy poco se conoce; lo mismo que, con certeza, casi nada se sabe de la dirección que toma una vez entrada la noche. Sobre este particular se han tejido numerosas conjeturas que, la fantasía popular, torna luego en leyendas ribeteadas de extraordinario sentido.

Tramontando el macizo de Turumiquire, rebasando a Amanita, más allá de Guanaguana, se internarán, quien sabe a que distancias y en qué lugares, de donde habrán de volver con los buches repletos de alimentos para regalo de la cría.

A la luz meridiana la vida que llevan discurre en medio de la más reposada quietud.

En un principio, según lo justifican los residuos de hojarasca secas, incrustados en los intersticios de las salientes rocosas, sabiamente disimulados, escogían como morada los salones principales cercanos a la entrada, aireados y frescos, de donde se han ido alejando hacia el interior, debido a la incesante persecución del hombre.

Antes del despunte del alba la cueva toma aspecto de fiesta. Un ligero batir de alas fugaces, cabecitas desplumadas asomadas tras las celosías de ventanas naturales talladas en la roca, hablan de retorno; es que regresan de su viaje de nueve horas largas los pernoctadores. Sucede entonces, a la algarabía de pichones, un profundo silencio. La caverna duerme. Ha entrado el último guácharo. Si alguno ha quedado afuera, rezagado, habrá de esperar, en la penumbra de la montaña, la próxima ausencia del sol.

E L Z O R R O Y

Pensando dar una fiesta el día de su santo, Tío Zorro había invitado a muchos animales; entre ellos figuraban Tío Tigre, Tío León, Tío Toro, Tío Zorro Guache, Tío Váquiro el de los grandes colmillos, y muchas otras bestias feroces. Los animalitos inofensivos del bosque, también habían sido convidados, pero, ellos, aunque habían simulado aceptar la invitación, de antemano se proponían no asistir a la fiesta, pues, Tío Zorro no era persona muy de confiar.

Tío Zorro había prometido magníficas diversiones, y sobre todo, abundantísima comida y toda clase de golosinas. Carne, carne, principalmente, habría en tales cantidades que, hasta los más voraces, como Tío Tigre y Tío Gavilán, se hartarían a no poder más. Pero, llegó la víspera del día fijado para la reunión y Tío Zorro se encontró con que, por más que lo había intentado, no le había sido posible conseguir ninguna de las provisiones que había ofrecido. Desesperado, se dió a vagar por los montes. Algo tenía que encontrar. Presentarse ante sus amigos con las cajas destempladas, era imposible: además, entre ellos los había de muy mal carácter, y si tomaban aquello como una burla, quien sabe si hasta serían capaces de hacerle alguna barbaridad. Era de todo punto indispensable resolver la situación.



O S Z A M U R O S

Una de las cosas que contribuían a la desgracia de Tío Zorro, era la gran sequía que assolaba la región; había mucha escasez, y bastantes animales habían emigrado ya a otros lugares más acogedores y menos pobres; las dantas, los venados, los chigüires y muchos otros de sabrosas carnes, hacía días que se habían marchado.

El pobre Tío Burro, gran amante de sus prados natales, antiguamente fértiles y cubiertos de verdes y ricos pastos, y ahora secos y pelados, hasta producir lástima, se había quedado días y más días pensando y tratando de resolverse a emprender el viaje; pero, tanto se había tardado y tan poco había comido que, enflaquecido y debilitado de tal manera, casi le era imposible caminar, y menos soportar una marcha larga.

Divisándolo a lo lejos Tío Zorro, y mirando un zamuro que describía círculos en el cielo, ima-

ginó una treta que bien podría sacarle de sus apuros. Corrió hacia Tío Burro y le propuso:

—Amigo Tío Burro, tengo un magnífico negocio para usted. Algo que le proporcionará un gran montón de la más tierna y sabrosa yerba.

Ante las palabras de Tío Zorro, los ojos de Tío Burro se abrieron desmesuradamente y casi sufre un desmayo. No era para menos; con el hambre que el infeliz tenía. Cuando se hubo repuesto, contestó apresuradamente:

—Aceptado, Tío Zorro. Diga lo que tengo que hacer.

—Muy poca cosa, mi buen amigo; no tendrá usted sino que acostarse en el suelo, con los ojos cerrados y sin hacer ningún movimiento,



y cuando yo se lo avise, tirar una coz con la mayor fuerza posible; por eso nada más, le daré la excelente yerba que le he ofrecido.

Dando comienzo a lo pactado, Tío Burro se dejó caer en tierra como fulminado por un rayo.

—No se mueva usted, ni diga nada, ocurra lo que ocurra —ordenó Tío Zorro, y el otro, desempeñando ya su papel, ni siquiera contestó, sino que se puso rígido, como si fuera de piedra; era su mejor respuesta.

Entonces Tío Zorro comenzó a lanzar alaridos, fingiendo que lloraba; lamentándose por la muerte de su querido amigo Tío Burro. Gritó y alborotó por largo tiempo, y por último, simulando que se marchaba, se metió entre un matorral cercano, donde se quedó oculto.

El zamuro que volaba en el cielo, escuchó los lamentos de Tío Zorro, y deseando aprovecharse del festín que le brindaba Tío Burro, descendió y se posó en un risco, a poca distancia del que él se figuraba cadáver. Luego se acercó más, y con ciertas precauciones, comenzó a dar vueltas alrededor de la tentadora presa. Daba saltitos, y se detenía, observando y buscando el sitio por donde primero debía hincar el pico. Cuando, en su avance, llegó al alcance de las patas traseras de Tío Burro, Tío Zorro, desde su escondrijo, gritó:

—¡Ahora, Tío Burro!

Este, instantáneamente, soltó una coz tan tremenda que el infortunado zamuro alcanzado de lleno, rodó por tierra completamente exánime.

El zorro agarró el mallugado cuerpo del zamuro, y emprendiendo la marcha, gritó a Tío Burro:

—Levántese, mi amigo; ya su trabajo está hecho. Mañana váyase por casa que allí le tendré su yerba.

Tío Zorro comisionó a su amigo Tío Gavilán para que hiciera correr la voz de que Tío Zamuro había muerto, y que el velorio sería esa noche en la cueva de la loma.

En dicha cueva, Tío Zorro puso el cuerpo del zamuro y se escondió a esperar la entrada de la noche. Con la llegada de ésta, empezaron a acudir zamuros de todas partes.

Bien pronto la gruta estuvo repleta de las negras aves, que gemían y se lamentaban por la muerte de su compañero.

Cuando Tío Zorro vió que ya no llegaban más, salió silenciosamente, y tapando la entrada de la caverna con un gran saco o bo'sa de tela, empezó a rugir espantosamente y a lanzar amenazas. Asustados los zamuros, quisieron huir y se precipitaron hacia la puerta de la cueva; pero todos quedaron entre la bolsa, y Tío Zorro, procediendo

(Pasa a la Pág. 15)

ARBOL FAMOSO

EL SAMAN DE GÜERE

(Condensado de artículos de Aristides Rojas)



En los célebres Valles de Aragua, al dejar el pueblo de Turmero, yendo hacia Maracay, se encuentra a la orilla de la carretera una especie de gran cúpula que sobresale cubierta de vegetación. De lejos parece una montaña, pero a proporción que nos acercamos y las formas descuellan, se ve que es un árbol de ancho y dilatado ramaje, que muestra al viajero su inmensa y redondeada estructura de verdor. Es el Samán de Güere. *Samán* es el nombre indígena que llevan algunos árboles de la familia de las Leguminosas, en el grupo de las *acacias*, *desmanthus* y *mimosas*. Con respecto a *Güere*, los caribes empleaban, para nombres patronímicos y geográficos, los que llevaban sus plantas y animales. Así, *Hüereh-hüere*, que significa *mosca* o *gusano de mosca*, dió origen al nombre de una laguna que se encuentra cerca de Petare, que se denomina Laguna de Güeregüere; y la contracción *Güere*, sirvió de nombre a un cacique de los Tacariguas y a otro cumana-goto, designándose así también un río en el Estado Sucre, y un lugar del Estado Aragua, en el que se encuentra el famoso Samán de que tratamos.

“La verdadera belleza del Samán de Güere consiste en la forma general de la copa. Las ramas se extienden como un vasto parasol y se inclinan por todas partes hacia la tierra, de la que están separadas de tres a cuatro metros”, dice Humboldt; y un viajero inglés, Su-

llivan, que visitó al histórico árbol, cuarenta y cinco años después que el nombrado sabio, lo encontró tan lleno de frescura y verdor, que describe de la siguiente manera, las impresiones que experimentó al hallarse frente a esta maravilla vegetal: "No es la notable dimensión del Samán lo que constituye su mayor atractivo, sino la admirable extensión de sus magníficas ramas y la forma perfecta de su copa, tan exacta como regular".

Desde antes del descubrimiento de América, ya era célebre el Samán de Güere, no sólo por lo frondoso de su ramaje, sino también por la tradición indígena, transmitida de una a otra generación que había venerado al árbol testigo de los ritos y creencias de las antiguas tribus caribes, pobladoras de los valles de Aragua y de la laguna de Tacarigua. Las autoridades españolas de la colonia, rindiendo homenaje a las creencias populares, prestaron su apoyo oficial para la conservación del precioso monumento natural; así fué como, al trazar el camino que conducía de la Encrucijada a Maracay, obra que se llevó a cabo en los últimos años del siglo diez y ocho, dejaron en medio del camino al patriarca de la selva, para que sirviera como un recuerdo de las naciones que poblaron aquellas comarcas.

Agustín Codazzi, contemplando el árbol, juzgó que a la sombra de sus ramas podía reposar un batallón en columna. Las medidas tomadas al Samán en el año de 1876 dieron una longitud para el tronco, desde el suelo hasta el destacamento de las ramas, de ocho metros; con una circunferencia de casi trece metros. El diámetro mayor descrito por las ramas alcanzó a sesenta y dos metros, que equivalen a ciento noventa y cinco de circunferencia. Se ha calculado la edad del árbol en algo más de mil años, creyéndose que su nacimiento se remonta a los días de Carlomagno, cuando nadie pensaba que las Américas pudiesen existir.

Por su altura, el Samán de Güere, comparado con los gigantes del reino vegetal, en el Continente, es un pigmeo, puesto que los cedros y pinos de California pasan mucho de ellos de los cien metros de elevación; no así por su ramaje, el del Samán de Güere es único, propiedad de su especie, que forma cúpula gigantesca, las cuales contrastan con los troncos, relativamente débiles, que las soportan.

Son innumerables los grandes acontecimientos que este árbol venerable ha presenciado. Asistió a las guerras de la conquista y al triunfo de los conquistadores; a la fundación de los pueblos y a las primeras luchas de la libertad; fué testigo de la guerra magna y del triunfo de Bolívar, y ha sido después el impasible observador de nuestras guerras civiles y de nuestras luchas democráticas. Hombre y acontecimientos se suceden y él, aunque ya encanecido por los años, aún permanece firme, como un representante de lo pasado.

LOS NIÑOS COLABORAN

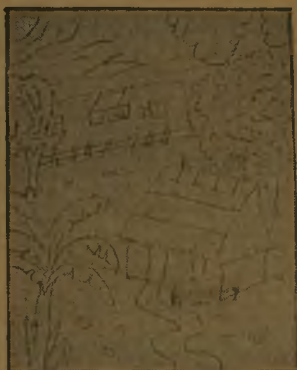
DIBUJOS INFANTILES



EL GALLO.— Por Pastora Fría.
Escuela Federal No. 374, Bobare.



LA MADRE. — Por
Blanca Camacho. Es-
cuela Federal Rural No.
1.001. Tierra Fría, Aroa,
Edo. Yaracuy.



RANCHITOS.— Por Juana
Carolina Rangel. Escuela
Federal 988, Aroa, Estado
Yaracuy.



ERMITA.— Por Angela E. Rosales Fe-
bres, (10 años) Escuela Sta. Rosalía,
Valera, Estado Trujillo.



LOS COCOTEROS.— Por Lope Piñango. Escuela Federal No.
410. San Francisco de Yare, Estado Miranda.

LLUVIA EN LOS LLANOS

(Viene de la Pág. 3)

camino, unen el obstáculo de las corrientes y el peligro de los árboles que arrastran, y se entran por en medio de las sabanas cuya agua estancada es enteramente clara. No sucede lo mismo en las tierras del Alto-Apure, pues, aunque tienen grandes llanuras inundadas e inmensos esteros, sin embargo, los bancos médanos proporcionan caminos para transitar y mucho más lugares para el refugio de los animales, entre los cuales hay gran número de alimañas que, como los tigres, producen grandes daños en el ganado.

Tan luego como el Orinoco empieza a bajar, que es a fines de agosto, el Apure se desagua también y cesan las inundaciones, quedando sólo llenos los esteros, lagunas y caños que van disminuyendo sus aguas a medida que la fuerza del calor las hace evaporar.

JUEGOS INFANTILES EN EL ORINOCO

(Viene de la Pág. 5)

El caimán

Un niño finge ser el "caimán", que se interna en el río. Los demás tratan de huir de él, mientras que éste los persigue. Cuando agarra a alguno, "se lo come", y luego pasa a ser el "caimán" la "víctima". (Tucupita).

El perro y el "chigüire"

Personajes: el "chigüire", el perro, y los amos de este último, que van provistos de sendos "vástagos" de medula de moriche. Sale corriendo el "perro" tras del "chigüire", que está en la orilla. Tras la acometida, éste se lanza al agua, y en pos de él va el "perro", azuzado por sus "amos" que nadan fingiendo ir en una "curiara". Zumban al perro con el "vástago", diciéndole: "Saca al "chigüire". Si no logra hacerlo, lo apalean, en son de castigo, pasando otro jugador a ser "el perro". (Boca de Uracoa).

"Concha" en el agua

Este juego "de tierra", también se adapta al agua. Uno se queda. Los demás salen nadando, y cuando están lejos, dicen: "¡Concha!". Entonces el primero huye buceando para despistarles, mientras los demás tratan de agarrarlo. El que lo consigue, lo reemplaza en el nuevo juego. (Ciudad Bolívar).

R. O. F.

TIO ZORRO Y LOS ZAMUROS

(Viene de la Pág. 10)

con gran rapidez, amarró bien la boca de ésta y se la echó al hombro; mas, tan grande era el número de las aves, y tanto su peso, que Tío Zorro apenas si podía arrastrar el voluminoso bulto. Al cabo de dos horas estaba muerto de cansancio, y aún le faltaba más de la mitad del camino para llegar a su casa. Decidió dormir un rato en una chocita que se hallaba allí cerca. Llamó a la puerta, y salió a abrirle la dueña, una pobre viejecita a quien Tío Zorro había robado todas sus gallinas.

—Señora —le dijo—, me va a permitir dormir un rato, aquí, en el corredor de su casa; y también quiero me haga el favor de guardarme este saco, pero con mucho cuidado, porque dentro tiene algo muy valioso.

La viejecita guardó el saco, y Tío Zorro se echó en el suelo, junto a la pared. A los pocos momentos dormía profundamente.

La viejecita sintió curiosidad por conocer lo que había dentro de la bolsa y decidió abrirla; pero tan pronto lo hizo, los zamuros que había dentro salieron y escaparon volando. Asustada la pobre mujer, por lo que pudiera hacerle Tío Zorro si averiguaba lo ocurrido, y también para tomar venganza del muy ladrón que la había arruinado, llenó completamente el saco de espinosas pencas de tuna, y volvió a atarlo, tal como estaba anteriormente.

Antes de que amaneciera, Tío Zorro despertó, y reclamando su saco, volvió a emprender el camino. Las espinas de tuna se le clavaban en la espalda, pero él creía que eran los zamuros que le daban picotazos, y murmuraba:

—Ah, bandidos; ahora pueden picotearme cuanto quieran, luego me las pagarán todas juntas.

Entrado ya el día, llegó a su casa y se puso a disponerlo todo para la fiesta. Luego comenzaron a aparecer los invitados. Tío Burro también se presentó a reclamar la yerba que se había ganado, pero, como no era de los convidados, entró por la cocina. Allí preguntó a la mujer de Tío Zorro:

—Señora, ¿su marido no me ha dejado por aquí un gran montón de yerba fresca y tierna que me ofreció?

Tía Zorra se puso a reír y contestó:

—Pero, hombre, ¿de dónde va a sacar mi marido yerba tierna y fresca? Eso seguramente se lo dijo por chancearse; él es tan bromista.

Tío Burro se llenó de indignación y salió, jurando buscar a Tío Zorro para cobrarle la burla de que le había hecho objeto.



Dentro de la casa, ante los invitados, Tío Zorro se disponía a abrir el gran saco.

—Cuando yo desate la cuerda que cierra la boca —les decía—, ustedes se precipitan contra ella; de manera que no puedan escapar los zamuros. Cada quien puede tomar cuantos guste; para eso hay bastantes.

Tío Tigre, Tío León y todas las demás fieras se pusieron en guardia, y apenas Tío Zorro deshizo el nudo que cerraba la boca del saco, se lanzaron formando un gran montón, unos sobre otros. Pero, comenzaron a dar alaridos y rugidos de dolor; las espinas de las pencas de tuna se les clavaban por todas partes.

Tío Zorro estaba asustadísimo y no hallaba donde meterse. Sus invitados enfurecidos, creyendo que se trataba de una burla, lo miraban amenazadoramente, y se le iban acercando, mostrando sus colmillos inquietantes. Tío Zorro se acercó a la puerta y dando un salto, echó a correr tratando de escapar; pero, afuera le aguardaba Tío Burro, quien, apenas lo vió, le propinó un par de coces que le dejaron molidos todos los huesos.

“Onza, Tigre y León” hace un llamado a sus pequeños lectores, sugiriéndoles la patriótica conveniencia de contribuir, de una manera u otra y en la medida de las posibilidades de cada quien, al socorro de los numerosos venezolanos damnificados por las inundaciones que actualmente azotan importantes regiones de nuestro país, entre los cuales se encuentran multitud de niños en completo desamparo y carentes de lo más indispensable.



FLORA VENEZOLANA

E L J O B O

(SPONDIAS MOMBIN)

Arbol de la familia de las anacardiáceas, que alcanza una altura de 15 a 20 metros; sus hojas son glabras imparipinadas, con hojuelas lanceoladas, pecioladas, acuminadas, enteras o aserruladas; produce flores de color blanco, que aparecen de febrero a marzo, estando entonces el árbol casi completamente deshojado. El fruto, parecido a nuestra ciruela, es druposo, rojo o amarillo, de forma ovoidea y mide alrededor de 3 cm. de largo, contiene un pericarpio comestible de sabor dulce muy acidulado. El tronco es redondo y moderadamente erecto, de unos 36 cm. de diámetro, su corteza es gruesa, áspera y fisurada; el líber rosado exuda una resina de color claro.

La madera, amarillenta cuando fresca, se oscurece al contacto con el aire y es liviana, pero firme y de grano derecho; aunque susceptible al ataque de insectos, podría utilizarse en trabajos de carpintería, cajas de empacar y cajitas para fósforos.



FAUNA VENEZOLANA

L A V A Q U I R A

(TAGASSU PECARI)

Este animal, parecido al cerdo doméstico, alcanza un tamaño hasta de un metro de largo; su cuerpo es arqueado, cubierto de abundantes pelos cerdosos de colorido general gris-pardo, que se erizan a lo largo del lomo cuando la váquira se irrita. Tiene cuatro dedos en las patas anteriores y solamente tres en las traseras. La cabeza es cónica y fuerte, de hocico con reborde superior, terminado en un disco muy movable y resistente, propio para hozar la tierra en busca de alimentos, que se componen exclusivamente de vegetales, aunque el animal es omnívoro.

En las grandes selvas, las váquiras viven en bandadas, corriendo en trolepes compactos y produciendo gran ruido con el chasquido de sus fuertes colmillos. Es muy peligroso atacarlas si no se hallan dispersas, pues al caer una de ellas herida, las demás se lanzan en conjunto contra su agresor. Sin embargo, estos animales se dejan domesticar con facilidad, llegando a ser muy cariñosos con sus dueños, a quienes siguen por todas partes.

En Venezuela existe otra especie llamada "Váquira de collar" (Tagassu tajacu) que, aunque de hábitos idénticos a la anterior, se diferencia de ella sobre todo por ser más pequeña y por llevar una banda blanquecina alrededor del cuello.

Por su sabrosa carne, no tan grasienta como la del cerdo, las váquiras son muy perseguidas de los cazadores.

